

---

# España y Latinoamérica: identidades y diferencias

Miguel Saralegui

España y Latinoamérica están condenadas a entenderse. Su Unión se debe a una enorme gama de lazos. Los movimientos migratorios demuestran el carácter privilegiado de este vínculo. Desde tiempos inmemoriales, cuando la situación ha sido adversa en su patria, los españoles han elegido Latinoamérica como destino preferente. Los movimientos en sentido contrario han sido intensos desde fines de los ochenta, cuando una enorme cantidad de latinoamericanos –sobre todo colombianos, ecuatorianos y bolivianos– emigraron a España. Ahora el movimiento vuelve a darse en dirección occidental y son los españoles los que vuelven a poblar las capitales latinoamericanas. Lamentablemente a esta profunda relación no le acompaña un conocimiento parejo. Nuestra cercanía cultural es involuntaria: no procede de un esfuerzo cognoscitivo, sino de los restos de un naufragio. Este descuido provoca severos malentendidos en nuestras relaciones. Para comprender Latinoamérica, los españoles adoptamos casi de modo intuitivo la

teoría de la Hispanidad que decreta que, tras las aparentes diferencias, una sustancia idéntica se extiende por las dos orillas del Atlántico. Más allá de los buenos deseos, la teoría es indefendible. Esta falta de realismo impide, a la larga, que los españoles y los latinoamericanos se conozcan más profundamente y que, por tanto, puedan establecer un diálogo más enriquecedor. Este ensayo insiste en las diferencias no para reificarlas y hacerlas insalvables, sino para que el deseado diálogo se construya sobre bases sólidas.

### *¿Narcisismo de la diferencia o delirios de la identidad?*

La teoría de la Hispanidad promueve el desconocimiento que el español tiene de Latinoamérica. Existen muchas variedades de esta teoría, pero todas descansan en un acuerdo fundamental: España y la América hispana son la misma cosa. Si compartimos la esencia, ¿por qué habrá que esforzarse en conocer lo accidental? Esta teoría cuenta con ilustrísimos precedentes en la historia del pensamiento español. Con mayor o menor fortuna y dedicación, Marcelino Menéndez Pelayo, Eugenio d'Ors, José Ortega y Gasset y Ramiro de Maeztu la han defendido. Pero más allá de estos ilustres precedentes, la teoría –de ahí el secreto de su éxito– se origina en una experiencia compartida por todo visitante español en Latinoamérica: el «espejismo de la identidad».

En el negocio del turismo, Latinoamérica se promueve como un destino exótico. Nada más natural que el neoyorquino, tras un fin de semana en Tijuana, sienta México como lo completamente otro. De este exotismo, el español está inmunizado. La misma lengua evita la extrañeza que ha de sentir el alemán recién llegado a Cartagena de Indias. La trampa epistemológica que acecha al turista español es simétricamente contraria. Padece una patología que puede denominarse como «espejismo de la identidad». Al en-

tender la lengua que se habla, detectar comportamientos que juzga propios pero anticuados, el español vive un proceso de síntesis. Por esto, es tan común que el español de paso por Latinoamérica se diga a sí mismo, incluso si no se atreve a confesarlo en público: «esto es lo mismo que España hace veinte años». A diferencia del norteamericano que se extasía ante cualquier carnaval o desfile latinoamericano –acontecimientos donde lo auténtico se revela–, el español se siente orgulloso por evitar el engaño del gringo. Hijos de una misma picardía, el español sabe que el dionisiaco carnavalesco es un desinteresado funcionario de Correos que vive agobiado por la hipoteca y porque sus hijos vayan a la universidad. Ya no nos encontramos ante la fascinación del exotismo, sino ante la satisfacción por nuestra lucidez. Incluso si la teoría de la Hispanidad está viciada por un apriorismo que la acerca más a la metafísica que a la historia, no debe extrañar que sus principales defensores hayan conocido directamente América. Alentado por el descubrimiento de esta identidad, todo turista español es un hispanista en ciernes: se entretendrá descubriendo las celadas en las que cae el incauto turista.

¿Cómo puede seguir vigente una teoría tan superficial cuando en España se debería conocer bien un Continente que está mejor comunicado con Madrid que consigo mismo? ¿Cómo es posible que esta conspiración, ideada en su origen por unos pocos pensadores, siga gozando de éxito y respaldo en sectores sociales mucho más amplios? En primer lugar, se trata de una teoría esencialmente cómoda. Incluso si es falsa (los españoles no necesitaban visados para entrar en Perú o Colombia, cuando les era exigido a los nacionales de estos países), no hace daño a nadie. También el hispanismo parecería otorgar ciertas ventajas económicas. Frente a una globalización orquestada por los Estados Unidos, el hispanismo quiere conferir al inversor español un rostro menos amenazante. Nuevamente su inanidad es clara: las nacionalizaciones acaecidas

en Argentina y Bolivia muestran hasta qué punto se considera a los capitalistas españoles despreocupados de los intereses autóctonos. Por último, si la teoría es más invento de peninsulares que de criollos, a éstos les gusta oírlo, incluso cuando están convencidos de su completa falsedad. Si el español no aceptaría ser considerado *hispanic* en los Estados Unidos, el criollo, en cambio, se siente halagado si, por participación, es considerado europeo.

Tan falsa es la fascinación por lo exótico como el espejismo de la identidad. Ni para un europeo septentrional ni para un estado-unidense, Latinoamérica puede considerarse como la tierra de lo absolutamente otro. Por el origen cosmopolita de su población, ningún europeo se sentirá completamente extranjero en cualquiera de las grandes capitales latinoamericana. Más personas de origen teutón encontrará el alemán en Buenos Aires o Santiago de Chile que en Madrid o Roma. El mismo carnalero de Barranquilla podrá conversar sobre los New York Yankees con una pasión y detalle que el estadounidense jamás encontrará en Europa. Privativa de los españoles, es, en cambio, la patología de la síntesis que, de alguna manera resulta más peligrosa que la del exotismo, por la mayor seguridad que infunde. En cualquier caso, al igual que su colega septentrional, el español deberá poner en suspenso esta actitud inicial. Deberá aguzar su sensibilidad hacia esas diferencias que, aunque parezcan accidentales, dan un significado nuevo a esas convicciones y prácticas que en esencia son las mismas. ¿Acaso las relaciones humanas más interesantes y profundas no se basan en el conocimiento que trasciende las meras generalidades?

### *¿Es la española la cultura predominante de América?*

Si psicológicamente el mito de la Hispanidad se fija en lo similar, históricamente adelgaza el peso de los dos siglos de Independen-

dencia. Por su común pasado político, afirmar la identidad de la cultura americana con la española es tan extravagante como defender que, para entender la España actual, hay que dirigir la mirada a la de fines del XVIII. ¿Por qué no considerar entonces a California o Arizona tan españolas como Nicaragua o Argentina, si todas estas regiones estuvieron bajo la sujeción de la Corona española durante la misma cantidad de tiempo?

Aunque el hispanismo juega a desconocerlo, estos dos siglos de autonomía han transformado la esencia política de estos países: de posesiones de la Corona española a repúblicas latinoamericanas independientes. Quizá la recurrente consideración como naciones fallidas —opinión recientemente defendida por el expresidente de Uruguay, Pepe Mujica— permite esta transgresión del más básico sentido histórico: considerar más real lo que pudo ser que lo que fue. No sólo a los hispanistas, sino en general a los españoles les gusta imaginar a las naciones de habla castellana como una *commonwealth* liderada por España. Quizá las últimas décadas de prosperidad española han afianzado esta mirada por encima del hombro a estos países, lo que no representa una completa novedad en la historia de nuestras relaciones, ya que con esta misma jactancia uruguayos y argentinos contemplaban a una España más pobre durante varias décadas del siglo XX.

El mito de la Hispanidad se enfrenta en este caso a otra ficción mucho más efectiva: el de la completa diferencia entre España y Latinoamérica. En los últimos doscientos años, las naciones hispanoamericanas se han propuesto enajenar el elemento español, innegable hasta la Independencia. Sobre todo en la generación de los fundadores patrios, se comprueba con toda claridad este drama: renuncian a ese elemento español que los constituía íntimamente. Basta echar una mirada a la biografía de los dos grandes libertadores. Si San Martín luchó contra Napoleón en la batalla de Bailén, pocos años antes Bolívar se paseaba por la corte de Madrid, en la

que conoció a la que sería su única mujer legítima –María Teresa del Toro Alayza–, tras un breve noviazgo por las tierras vizcaínas de sus antepasados. De los traumas de esta artificial renuncia son conscientes todos los grandes pensadores que han discurrido sobre la esencia de las naciones hispanoamericanas: el lamento recorre toda la obra ensayística de Octavio Paz, quien también estaba ligado a España por íntimos vínculos familiares. Desde hace dos siglos –sobre todo durante el XIX–, las repúblicas criollas han luchado contra su genética española, a la que consideraban el lastre que les impedía convertirse en un reflejo austral de los Estados Unidos. A la teoría del país fallido le precede la convicción de la colonia fallida. Es habitual que las repúblicas americanas justifiquen sus fracasos por la ineptitud de los conquistadores. Durante el siglo XIX, a los intelectuales progresistas –ajenos a cualquier tipo de relativismo– les molesta más la haraganería del español que su crueldad hacia los indios. Frente a las virtudes cívicas y económicas legadas por los ingleses, España sólo habría transmitido influencia eclesiástica y autoritarismo. Todavía hoy no es extraño que estos países –sobre todo aquellos más pobres y caóticos– acusen de su subdesarrollo a España, olvidándose de que se trata, incluso durante la gravísima crisis, de uno de los países más ricos del planeta.

Con vano patriotismo, a veces los españoles se quejan de que en México no haya estatuas de Hernán Cortés. Pero este rechazo no es exclusivo de la Nueva España –olvidándose de que posee una elite cultural proespañola, lo que es excepcional para América Latina–, sino que se extiende por todo el Continente. El hispanismo se olvida de que las repúblicas independientes se han construido sobre este odio, incluso si en el fondo se trata de una auto-negación. Esta mutación de la autoconciencia criolla es responsable de una exageración que irrita a los españoles, quizá uno de los pocos acontecimientos donde se revela, desde el primer instante, la

falsedad de la teoría de la Hispanidad. Ya Octavio Paz llamó la atención sobre el sinsentido de que los descendientes de los conquistadores se identificasen con Caupolicán o Cuauhtémoc en vez de con Pedro de Valdivia o Hernán Cortés. Pero no sólo se quieren vincular a figuras históricas con las que sus antepasados guerrearon, sino que reprochan —a veces desde cómodas mansiones y prósperos campos de cultivo— al turista español haber expoliado la riqueza de los pueblos indígenas. Pero más allá de la anécdota, sorprende que el criollo conciba su identidad de modo ahistórico, como si no fuese una mezcla de indígena y español. Los latinoamericanos ya no sienten la incomodidad ni la duda que Bolívar expresaba en la *Carta de Jamaica*: «no somos indios, ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles». Este problema ha desaparecido y el criollo se percibe como un habitante de pleno derecho en el planeta, tan diferente del indio como del español. Mira al conquistador como alguien totalmente otro, jamás como un parcial y culpable antecesor. Menos aún se identifica con el indio. Si bien a ratos exagera la herencia indígena, la autonomía con la que se entiende a sí mismo queda de manifiesto cuando surge el conflicto: entonces el criollo puede tratar con mucha dureza a un indígena con el que, más allá del sentimentalismo, poco tiene que ver.

Por esta enajenación, se puede afirmar que las repúblicas criollas llevan doscientos años luchando contra sí mismas. Pero como muchos objetos que parecen imprescindibles, se trata de una invención del siglo XIX. Por este motivo, si se alejaron de España, no se acercaron a sus raíces precolombinas, sino a la Europa hegemónica, la del progreso lineal y perpetuo. París ha atraído al alma latinoamericana con un poderío mucho más desatado del que jamás ejerció sobre el también afrancesado siglo XIX español. Bolívar se deprimió al enterarse de que su proyecto constitucional para Bolivia había sido criticado por su admirado Benjamin Constant.

Cuesta imaginarse un solo gran escritor latinoamericano que no haya pasado una larga temporada en la ciudad de las luces. Gracias a su éxito en Río de Janeiro, Buenos Aires y México D. F., los franceses Foucault o Derrida son pensadores mucho más universales que cualquier mandarín de la modélica *Ivy League*. Los programas de investigación que describen a España como intermediaria entre América Latina y Europa han de parecer ridículos a cualquier persona culta, consciente de que, si se cortó el cordón umbilical con la Madre Patria, jamás se renunció a copiar las modas europeas a veces con menos retraso que en la Península.

Sin desearlo, esta eliminación otorga un privilegio al español. Al carecer de una identidad precolombina común, los países latinoamericanos carecen de un vínculo real, cuando lo español no actúa como canal de comunicación. Con la decadencia del mundo del espectáculo mexicano —cada vez se escuchan menos rancheras y casi no se ve a Cantinflas o al Chavo del Ocho—, la cultura latinoamericana aparece sumamente fragmentada, tan sólo unida, paradójicamente, por un elemento verdaderamente extranjero: la influencia del ocio estadounidense. El latinoamericano está obligado a hablar de temas estadounidenses cuando quiere conversar con otro latinoamericano fuera de sus fronteras. En caso de que se les obligase a dialogar sobre política o literatura del país del otro interlocutor, a la conversación la invadiría el titubeo y el silencio.

Ya que el proceso de desespañolización no ha sido ni perfecto ni idéntico en todos estos países, el español se puede acercar a cualquier latinoamericano con más facilidad que dos latinoamericanos de diferentes países entre sí. Después de haber visitado Buenos Aires y Río de Janeiro, al llegar a Barcelona en 1962, el político chileno conservador Jaime Guzmán Errázuriz realizaba una confesión, con la que podían comulgar chilenos con opiniones mucho menos reaccionarias: sentía que los españoles eran más compatriotas que argentinos y brasileños. Al desterrar la herencia



hispanica, el nicaragüense, si bien se aleja del español, queda definitivamente separado del uruguayo. El español actúa entonces como un inconsciente e indeseado vínculo entre las patrias latinoamericanas, pues es capaz de dialogar con aquellos irregulares vestigios que han sobrevivido a dos siglos de desespañolización. Por este motivo, no extraña que el valenciano Rubén Figueres fuese el encargado de la campaña electoral de Barack Obama para los votantes latinos.

Este lavado identitario confiere un segundo privilegio al español. Como la mayoría de los proyectos de las repúblicas criollas –comenzando por la Independencia–, el proceso de deshispanización ha sido llevado a cabo por y para las élites. Por desidia, las clases bajas han permanecido impermeables a este proceso. El lamento del intelectual chileno Francisco Bilbao en 1844 mantiene una incuestionable actualidad: «el pueblo quedó antiguo», es decir, español. Poco antes, en Argentina, Esteban Echeverría justificaba con el mismo diagnóstico el triunfo electoral del conservador Juan Manuel de Rosas. Al estar marginados, los sectores sociales más humildes han conservado mejor su carácter tradicional-español, incluso en aquellos países con un fuerte componente indígena. Por este motivo, el español con formación universitaria que hoy llega a América, perteneciente a una clase media profesional, no provoca en el pobre latinoamericano el mismo recelo con que mira al compatriota educado. Por mucho que los ideales de la compasión y de la caridad sean frecuentes entre la clase alta latinoamericana –no así el sistema fiscal de la socialdemocracia europea–, el pobre percibe de inmediato que comparte con el español ideas y costumbres; lo siente más cercano, incluso si es más egoísta que un filantrópico latinoamericano. Por este motivo, el peninsular que en Latinoamérica opta por elitizarse es mucho más culpable que el privilegiado autóctono: renuncia a un diálogo y comunión vedados para éste.

*Una misma academia para lenguas diferentes*

Si el mito de la Hispanidad es propugnado sobre todo en América por un grupo exiguo de personas, otro prejuicio identitario goza de mayor popularidad al otro lado del Atlántico: el castellano que europeos y americanos hablamos es completamente idéntico. Cuando discurren sobre el español de América, los lingüistas suelen citar la frase de G. B. Shaw —«Inglaterra y los Estados Unidos están separados por una lengua común»— para recordar que la lengua española ha podido evitar la plaga de la división. No se entiende muy bien este orgullo, pues ni esta diversidad lingüística les ha impedido ser las últimas potencias globales ni las películas de Hollywood se estrenan en Londres con subtítulos. El «espejismo de la identidad» se ha cobrado una nueva víctima en la forma de panhispanismo.

La unidad lingüística quedaría refrendada por la difusión de los escritores latinoamericanos en España. Incluso los tres presidentes de España anteriores a Mariano Rajoy confirman esta popularidad. Si José Luis Rodríguez Zapatero llegó a escribir que había estado «enfermo de Borges», tanto José María Aznar como Felipe González cultivaron la amistad de Mario Vargas Llosa y Gabriel García Márquez. No sólo son autores leídos, sino que, tras la crisis de las grandes editoriales argentinas, nuestro país decide qué autor gozará de difusión por todo el Continente.

En estos tiempos de panhispanismo, sólo el hereje se atreve a recordar las diferencias —incluso si son evidentes— que fragmentan nuestro castellano. Una vez más la esquizofrenia se apodera del español: al mismo tiempo que se recuerda la importancia de las variedades regionales del castellano peninsular, se exalta la identidad de la lengua que se habla en los dos continentes. Incluso los españoles más castizos reconocen que en Colombia se habla el castellano más puro. Los intelectuales latinoamericanos que, como

Stavans o Jaksic, se quejan de la arrogancia lingüística de los académicos españoles padecen un extraño síndrome de Estocolmo: siguen temiendo a unos secuestradores que murieron hace ya varias décadas. El rentable panhispanismo no sólo ha seducido, sino que ha sido promovido por los más rancios académicos.

¿Dónde se encontraría entonces la diversidad? Como ocurre siempre en las relaciones entre España y Latinoamérica, las diferencias residen en el detalle que, incluso si es pequeño, modifica por completo el significado global. Ni desde un punto de vista gramatical, ni semántico existen notables diferencias, lo que explica la difusión de la literatura latinoamericana en la Península. Las variaciones son pragmáticas; se producen en el uso de la lengua. La primera diferencia la provoca el sonido de la lengua. El acento de los españoles resulta esencialmente cómico, produce antes que nada risa desde Punta Arenas a Monterrey. Sólo por este motivo se puede explicar la paradójica programación de la televisión latinoamericana: por un lado, un gran porcentaje de las emisiones son en inglés con subtítulos al español; por otro, se doblan a un latinoamericano neutro películas que, como *Intacto* o *Camino*, provienen de España.

Esta diversidad se manifiesta en toda situación comunicativa. No hay minuto del día en que el español no sienta la necesidad de ajustar su lenguaje, como cuando oye la radio mientras realiza un largo viaje por carretera. El español debe utilizar la lengua de un modo diferente para hacerse comprender y, para sobrevivir, casi de manera contradictoria a sus instintos. Aunque no exige ir a clases ni aprender gramáticas, se trata de un proceso de aprendizaje sumamente complejo, en el que pocos españoles residentes en América triunfan definitivamente. La brecha es profunda. De esta diversidad brotan una gran parte de los problemas, a veces verdaderamente graves, que el emigrante español sufre en América. Dice el refrán que «no hay peor sordo que el que no quiere oír».

En este caso, resulta aún más difícil curarse de la sordera, pues todo el mundo dice a gritos –tan altos como para dejar de percibir que uno está sordo– que hablamos la misma lengua.

Preguntar de modo directo, declinar de manera clara una petición son actos que pueden provocar un gran enojo o una cierta admiración; jamás pasarán desapercibidos en Latinoamérica. El español de España es una lengua directa, quizá algo reiterativa, que quiere asegurar que lo que dice ha quedado claro. Tiende a evitar compromisos que no está seguro de cumplir y cuando el fraude –incluso si es involuntario– se produce, provoca un inmediato rechazo social. Es una lengua a la que desagrada el uso figurado en el trato ordinario y considera la excesiva ceremoniosidad entre ridícula y sospechosa. Agradecer demasiado un favor en España puede parecer irónico, incluso falso; en América, se trata de una exigencia social.

El español americano no es en sí mismo barroco. Por lo general, la gente de campo –todavía una región con una mayor población rural– es parca en palabras. Sin embargo, este ahorro lingüístico no implica claridad. También entre los campesinos se habla una lengua plagada de imprecisiones y circunloquios. No es un desajuste involuntario, sino una incertidumbre que se siente a sus anchas cuando la frase siguiente contradice la anterior. El lenguaje no quiere ordenar, sino reflejar la complejidad de la existencia. Si el español de España es de sí y no –incluso cuando miente–, el de Latinoamérica es, más que de un quizá, de un sí dotado de una infinidad de modulaciones. El *no* se rechaza no tanto por su significado –al fin y al cabo inevitable en las relaciones humanas–, sino como una grosería. Antes que nada el emigrante español debe aprender cuántos síes son casi indistinguibles de nuestro no.

*Primos desconocidos*

La metáfora de la familia es recurrente para describir las relaciones entre América y España. Esta imagen resalta tanto la cercanía como la distancia. La felicidad y la tristeza sólo alcanzan sus extremos en el regazo familiar. Como para tantos otros problemas, la *Carta de Jamaica* resulta modélica. Bolívar denuncia a España por haberse comportado como madrastra en vez de como madre. El mito de la Hispanidad no es falso por insistir en las identidades, sino por despreocuparse de las diferencias tangibles que la desmienten: llevar el mismo apellido no implica ni que la familia esté bien avenida ni que sus miembros se conozcan. Dice un verso de Darío «soy un hijo de América, un nieto de España». Incluso si es verdad, ¿qué miembro de una familia numerosa conoce y, más aún, comporte el modo de ser de todos sus primos?

España y América Latina pertenecen a una misma familia, pero rota por la distancia, la ideología y el desconocimiento. No nos parecemos a una de esas familias nucleares en las que todos los miembros funcionan al unísono, se conocen y quieren. Protagonizamos una rocambolesca versión de *Tú a Boston y yo a California* (una nueva diferencia: la traducción es en Latinoamérica *Operación Cupido*). Somos hijos separados al nacer que han recibido una educación contradictoria: el padre (Latinoamérica) se vengaba de la madre hablándole al hijo de sus defectos; la madre (España) despreciaba tanto al padre que jamás le fue mencionado al vástago. Nuestros padres se murieron sin haberse reconciliado y nosotros no nos hemos encontrado en un campamento de verano, sino en la Universidad, ya talluditos, con nuestros prejuicios bastante formados, insensibles a que las cosmovisiones adquiridas sean puestas en suspenso. Ciertamente somos primos y quizá podamos alcanzar una intimidad impedida para el resto de compañeros, pero nuestra relación será mucho más difícil. La mayoría de

nuestras incomprensiones no provienen de la diversidad de la historia o la naturaleza, sino de decisiones tomadas en algún momento por el progenitor a cargo. Somos familia, ningún miembro debe sentirse superior. Ante cada defecto del otro, no deberá callar, sino mostrar la validez de su postura con especial cuidado, consciente de que en cualquier momento la herida se puede abrir y que esta vez la separación no la habrán decidido nuestros padres, sino nosotros mismos.

M. S.

